



Dos Siglos de Historia...
EN EL SIGLO DE TORREÓN

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

El 22 de septiembre en Celaya, Allende nombra por deferencia y buena fe a Hidalgo como capitán general, y toma para sí el mando como teniente general

Durante su juicio, Allende se mostró sereno y digno. Nunca se retractó de haber sido el motor e iniciador del movimiento desde su origen

DE ALTA LEALTAD: IGNACIO ALLENDE, PADRE DE LA INDEPENDENCIA

POR ENRIQUE SADA SANDOVAL
EL SIGLO DE TORREÓN

El ocaso del Imperio Español durante el siglo XVIII dio a luz a una serie de acontecimientos que al filo del siglo de las luces y la era de la ilustración cambiaron al mundo para siempre, sellando el fin del absolutismo más ancestral al mismo paso en que la búsqueda del progreso y la conquista de la libertad marcaron el inicio de la modernidad. Del mismo modo, en la América española y en el otrora reino de la Nueva España, como un eco a los acontecimientos del Viejo Mundo, se levantó una serie de grandes hombres que por sus ideas y su arrojo tarde que temprano terminaron por cambiar el suelo que les viera nacer. Uno de estos hombres fue sin duda a quien se conoce como el verdadero iniciador de las gestas de Independencia en México y primer soldado de la Patria: el Generalísimo Ignacio Allende.

Nacido en el pueblo de San Miguel el Grande, el 21 de enero de 1769, Ignacio José de Jesús Pedro Regalado de Allende y Unzaga fue el hijo de un rico comerciante español y de una dama de las principales familias de San Miguel y el Bajío. Como hombre de su medio y de su tiempo, habría de disfrutar de todas las comodidades que le eran propias a una persona de su clase, forjándose fama de hombre apuesto, fuerte, valeroso y, sobre todo, buen jinete. Contrae nupcias y queda viudo muy joven. No obstante, su consuelo llega a ser un hijo engendrado fuera de matrimonio: Indalecio Allende, quien habría de acompañar a su padre hasta su muerte.

Como era de esperarse, su inclinación por la carrera de las armas lo lleva a emprender una de sus primeras campañas militares bajo el gobierno del virrey Félix Berenguer de Marquina en 1801 en contra de la insurrección en Jalisco del famoso indígena Mariano, conocido como “Máscara de oro”. Este Mariano, quien se pretendía hijo del gobernador de Tlaxcala, sublevó a varios pueblos intentando coronarse rey, fundando un estado propio o paralelo al régimen virreinal. Para ello, tomó su corona de una imagen de Jesús Nazareno (otros aseguran que fue de San José) de un templo en Tepic. Allende tuvo parte muy activa en combatir el levantamiento, logrando la captura de “Máscara de oro” y el encarcelamiento de los sublevados que terminaron sus días en las cárceles de Guadalajara y Tepic. Posteriormente, obtuvo sus primeros grandes ascensos en Texas bajo las órdenes del mismo Félix María Calleja. En 1806, el virrey Iturrigaray, temiendo una posible invasión inglesa o francesa en la Nueva España, concentró sus tropas para ejercitarlas y prepararlas en el cantón de Jalapa, lugar en donde Allende obtuvo la preparación militar de vanguardia, que era la napoleónica, junto con otros jóvenes entrados en la carrera de las armas como Juan Aldama y Agustín de Iturbide.

Una vez enterado allá sobre la entrega ominosa de la corona española en manos de Napoleón y los intentos autonomistas que terminaron con la aprehensión de Francisco Primo Verdad a la par de la destitución del virrey Iturrigaray, por parte de los españoles en la Capital, fue que el jo-

ven Ignacio empezó a formular ideas propias, hecho que consignó inmediatamente; tomando una tiza de carbón, se dirigió a su propia tienda de campaña, y sobre la misma escribió una leyenda: “¡Independencia, cobardes criollos!”.

En 1808 volvió a San Miguel, donde estuvo a cargo del regimiento de caballería de Dragones de la Reina, hecho que le permitió entrever la posibilidad a corto plazo de organizar un movimiento propio que tuviera como fin la autonomía del reino, organizando reuniones y conjuras en su propia casa bajo la apariencia de “tertulias literarias” a donde concurrieron los principales personajes de sus alrededores. A estas reuniones asistía el párroco de Dolores, Miguel Hidalgo, a quien se daba consideración por ser el mayor en edad así como por el respeto propio que sus hábitos generaban. En 1809 Allende tomó parte muy activa en una conspiración en Valladolid, donde no obstante ser denunciado, jamás recibió castigo ni encarcelamiento. A pesar de este tropiezo inicial, lejos de desanimarse siguió conspirando y formó una junta en San Miguel para promover la insurrección. Durante estas reuniones se planeó una rebelión que iba a ser dirigida por Allende y Juan Aldama, quienes pidieron la ayuda de Miguel Hidalgo a fin de obtener el apoyo de su propia gente, tocando la campana a misa al grito de: “Viva la Virgen de Guadalupe, muera el mal gobierno y viva Fernando VII”. Sin embargo, el 16 de septiembre de 1810, a las dos de la mañana, se enteraron de que la conspiración de Querétaro había sido descubierta, y Allende propuso adelantar el proyecto, citando a todos los conjurados para que en cada ciudad se diera la voz de insurrección (jamás de independencia).

Nada habría sido mejor que la concentración inicial de toda la autoridad y mando en una sola persona; y más cuando en el propio Allende se concentraban éstas por su valor, conocimientos militares, relaciones con distintos individuos, honorabilidad, rectitud y firmeza de carácter; siendo el único y verdadero autor de dicho movimiento e iniciador de la revuelta. Por desgracia, su modestia y el más desinteresado deseo por buscar el mayor acierto le hicieron abdicar en sus inicios la tutela y el mando a favor de otro, hecho que alteró las co-



Generalísimo Ignacio Allende y Unzaga, iniciador de las gestas de independencia.

sas y selló, para desgracia, su destino y el de muchos.

El 22 de septiembre en Celaya, Allende nombra por deferencia y buena fe a Hidalgo como capitán general, y toma para sí el mando como teniente general. En Acámbaro, ante la presencia de 80 mil personas, a Hidalgo se le proclama generalísimo en tanto a Allende capitán general. Después de la célebre batalla de Monte de las Cruces, Allende propuso marchar y tomar la Ciudad de México, ya que sentía que la toma de la Capital significaría quizá el término de la lucha y la conquista deseada sin mayor efusión de sangre y menos tiempo, pero Hidalgo no estuvo conforme y ordenó que se retrocediera, sólo para recibir una derrota en Aculco y ordenar la retirada. Allende siempre se mantuvo a favor del orden y la seguridad de las personas, ju-

rando por su vida que no les pasaría nada a ellos ni a sus familias. No le interesaba asesinar ni fusilar a los derrotados al igual que desaprobaba la violencia, el crimen y el saqueo. Para desgracia del movimiento, el espíritu caballeresco y humanista de Allende no encuentran eco, y esto marcará el principio del fin, así como el origen de su confrontación con Hidalgo.

Allende regresó a Guanajuato, puso a la ciudad en estado de defensa almacenando provisiones para un largo sitio: fabricó cañones, hizo agujeros en algunos cerros y los llenó con pólvora para que hicieran explosión cuando pasara por ahí el ejército virreinal. Ocupado en todo esto solicitó ayuda a Hidalgo, quien se encontraba en Valladolid, pero Hidalgo no le prestó ningún auxilio, de suerte que cuando se presentó Calleja con las fuerzas realis-

tas, Allende hubo de marcharse a Guadalajara para encontrarse con el cura.

Una vez ahí, Allende quedaría espantado ante las extravagancias y el caos impuesto allá, viendo sus peores temores hechos realidad: el cura de Dolores no sólo se niega a poner en orden a las tropas que saquean, roban y violan en masa, sino que incluso manifiesta gusto por la sangre y delirios de grandeza. Allende se le enfrenta varias veces por este hecho e incluso intenta asesinar al cura en tres ocasiones. Hidalgo, desde la masacre de inocentes en la Alhóndiga de Granaditas hasta su autoproclamación como “Alteza Serenísima” en Guadalajara, ordenaba cientos de degollinas de ciudadanos españoles por diversión, violando su palabra de honor de respetar las vidas de quienes se entregaban sin oponerse al movimiento. A los reparos de Allende contra los desatinos del cura, en cuanto a no meterse con la sociedad, Hidalgo le responde que es parte de la insurgencia y que no tiene importancia.

Tras la derrota definitiva de Puente de Calderón, responsabilidad exclusiva de Hidalgo, y la consecuente huida a Aguascalientes, el cura es degradado por los insurgentes y apresado como criminal, en tanto Allende es nombrado Generalísimo, ordenando la retirada hacia Saltillo para de ahí marchar hacia Estados Unidos a fin de conseguir armas, dinero y apoyo. En marzo de 1811 los caudillos fueron capturados a traición por Ignacio Elizondo en Acatita de Baján. Allende fue el único que opuso resistencia y luchó hasta el final, viendo a su propio hijo Indalecio morir acribillado durante la escaramuza, intentando defender a su padre. Los prisioneros fueron conducidos a Chihuahua, donde se les procesó finalmente. Manuel Salcedo, de las tropas del rey, promete presentar a Allende y los demás no como apresado, sino como habiéndose entregado por voluntad propia para disfrutar el indulto. Sin embargo, Allende se negó rotundamente, alegando que el indulto sólo era para criminales.

El documento que contiene la causa instruida por las autoridades virreinales en su contra estuvo “perdido” más de un siglo porque su poseedor, Juan N. de Urquidí, quien fuera gobernador de Chihuahua, consideró que divulgarlo podría “perjudicar a la fama de los héroes de la independencia y a los hijos del auditor que consultó la sentencia”. Durante el proceso de Allende se desprende que cuestionado: “Si es cierto que el cura Hidalgo se trataba de Alteza Serenísima, y todos los demás Jefes con los respectivos a las clases conocidas en la monarquía, y con qué autoridad uno y otros se tomaron esos títulos. Dijo que cuando el declarante (Allende) pasó de Guanajuato a Guadalajara, en donde se hallaba Hidalgo, se encontró con la novedad de que se trataba de Alteza Serenísima, e ignora qué princi-

pio tuvo tal tratamiento, como el admitir hasta los sacerdotes a que le hablasen con la rodilla hincada, lo que (a Allende) no le pareció bien, y aún se lo hizo presente... Preguntado: [...] ¿cuál fue el objeto de ella [de la insurrección], qué se propusieron, y los medios y arbitrios de llevarla a cabo? Dijo que el objeto del que declara fue conservar esta América al Sr. Don Fernando VII, como lo manifestó el haberlo manifestado así a las gentes que con él trataron en todos los pueblos por donde anduvo, y que en Valladolid, habiendo percibido que ya no era del agrado de Hidalgo que se mentase el nombre de S.M., se quejó de esos proceder a los prebendados de aquella Santa Iglesia [...], que habiéndole extrañado al doctor Maldonado por qué en su periódico intitulado Despertador Americano no se contaba con el Sr. Fernando Séptimo, que era el principal objeto de la insurrección, contestó que eso no le parecía bien a Hidalgo [por lo que el declarante consultó] si sería lícito darle un veneno [a Hidalgo] para cortar esta idea suya y otros males que estaba causando como los asesinatos que de su orden se ejecutaban en dicha ciudad, con los muchos más que amenazaba su despotismo; lo que no pudo ejecutar [aunque] compró el veneno por medio de Arias y lo repartió entre su propio hijo y el mismo Arias, para aprovechar la ocasión que se presentase a cualquiera de los tres”. Como podemos ver, desde la primera mitad del siglo XIX, la “historia oficial” ya pretendía imponerse de manera dogmática y oscurantista, ocultando documentos y tergiversando los hechos por capricho o decreto de ley.

Durante su juicio, Allende se mostró sereno y digno. Nunca se retractó de haber sido el motor e iniciador del movimiento desde su origen, en tanto Hidalgo durante su juicio siempre reconoció a Allende como ser el verdadero cabeza e iniciador del movimiento “y el único siempre propenso a la Independencia”. Ante los cargos de alta traición por levantarse contra las legítimas autoridades, Allende se declaró culpable “de alta lealtad para con su rey y con su patria” tanto así como cuando vio la impunidad en que quedaron los que atentaron contra la vida del virrey Iturrigaray. Así, valerosamente, fue sentenciado y fusilado el 26 de junio de 1811, en tanto su cadáver fue decapitado. Su cabeza fue colgada en uno de los ángulos de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato, junto a las de Hidalgo, Aldama y Jiménez, permaneciendo hasta marzo de 1821, cuando fue bajada a instancias del general Anastacio Bustamante como comandante del Ejército Imperial de las Tres Garantías. Se cree, sin certeza alguna hasta la fecha, que sus restos reposan en la cripta bajo la Columna de la Independencia, en la Capital mexicana.